

DIVAGACIONES A PROPÓSITO DE LA POESÍA ESPAÑOLA FINISECULAR

董燕生

Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing

Los tratados de literatura suelen marcar períodos de duración secular y caracterizar cada uno de ellos con un solo -ismo: época de clasicismo, de romanticismo, de realismo, de modernismo, y así sucesivamente. El procedimiento pierde validez si afrontamos la poesía española en los últimos veinte años del siglo XX. El multicolor y metamorfoseante calidoscopio se resiste a cualquier intento discernitorio. Puede que el fenómeno se deba al llamado efecto de distanciamiento, tanto espacial como temporal. Cuando sobrevolamos un terreno, distinguimos con bastante nitidez trazados de cordilleras y ríos, confines de bosques y estepas. Pero una vez que pisamos el suelo, cualquier accidente topográfico, por pequeño que sea, nos priva de esa visión panorámica. He aquí la dificultad de ofrecer un cuadro esquemático de la evolución literaria en corto lapso.

Respecto al tema que abordamos, la complejidad se manifiesta principalmente en dos hechos: La coexistencia de cinco generaciones de poetas y la miscelánea de diversas tendencias estéticas simultáneas o sucesivas. Como los dos hechos están interrelacionados en cierta medida, vamos a detenernos preferentemente en el segundo.

Pero antes hace falta una breve revisión retrospectiva para que el presente trabajo no parezca un ramo arrancado de cuajo de su tronco histórico.

Hacia mediados de la década cincuenta del siglo XX, se palpaba entre los escritores más sensibles cierto cansancio de aquel realismo estridente que imperaba durante el período de la posguerra. La nueva poética que se planteaba se encaminaba a una acusada afición al culturalismo, vanguardismo y radicalismos expresivos. Los poetas que revelaban parecida tendencia estética recibían el nombre de *Novísimos*. Es innegable la aportación de sus esfuerzos experimentales en favor de la poesía española contemporánea, bruñéndola de cierto lustre elitista a la vez acrecentando la elasticidad expresiva de la lengua española. Sin embargo, un celo extremado en ese sentido resultaba a veces contraproducente, ya que las obras poéticas así concebidas fácilmente incurrían en la pedantería o incluso llegaban a ser galimatías ininteligibles y vacías de sentido. Evidentemente, semejante pretensión excelsa no podía sino ahuyentar a una gran cantidad de lectores de poesía, que de por sí era una minoría. Pero hacia 1975, esta corriente poética ha ido menguando entre poetas más jóvenes que la rechazan en favor de muchas otras opciones.

Evidentemente en el viraje ha de intervenir el progresivo proceso de democratización. Como primordial manifestación, el aflojamiento del control ideológico y cultural trae como consecuencia la libertad de expresión, la cual a su vez contribuía a diversificar la demanda. De suerte que se producen creaciones poéticas adaptadas a toda preferencia: poesía de la experiencia, poesía elegíaca, neoimpresionismo, neosurrealismo, neopurismo, neosimbolismo, clasicismo formal, poesía épico-lírica, para citar sólo algunas modalidades más o menos sonadas. Sin embargo, si nos distanciamos de este mosaico mareante, se nos van desvaneciendo cada vez más detalles irrelevantes de él que

acaba en un cuadro dividido en dos partes demarcadas con bastante nitidez. Es decir, para facilitar la exposición, podemos optar por una parcelación simplificada sin dejar de reflejar la realidad. En este caso, vemos que esencialmente coexisten dos tendencias poéticas, una mimética con respecto a la realidad y la tradición, llamada figurativa, realista o de la experiencia y otra, vanguardista, experimental y elitista. Incluso en esta simple clasificación bipartita observamos algo en común: el retorno al realismo, lo que es indudable para la llamada poesía figurativa representada por Luis García Montero, Felipe Benítez Reyes, entre otros. En lo que se refiere a la poesía experimental, el asomo a la realidad parece más barroco y sofisticado. Según Antonio Colinas: las cosas se conciben como signos o símbolos de una “segunda realidad” y esa “segunda realidad” es la del misterio de la existencia que el poeta indaga desde la palabra poética, que aúna intuición y reflexión y que se concibe como conocimiento y revelación de algo que está más allá de la realidad de las cosas (*Antología de poesía española [1975-1995]*, a cargo de José Enrique Martínez, Castalia Didáctica, Madrid, 1997).

Pero habrá que saber que en uno y otro caso, el realismo es sumamente diferente del que imperaba a mediados del siglo. Aquél era un realismo grandilocuente no sin cierta pretensión mesiánica. El poeta de entonces asumía el honor de cantar lo bello, lo claro y lo limpio a la vez de denostar implacablemente lo oscuro, lo torvo y lo ruin.”Escribir poesía implicaba golpear, anunciar, abrir camino, señalar horizontes, pedir, denunciar, esperar, crear vida frente a la muerte circundante y acechante “(*Historia de la Literatura Española*, IV, Siglo XX, a cargo de J.M.Diez Borque, Taurus, Madrid, 1980).

El poeta de ahora ya no está considerado ni se considera como portavoz de la Verdad en mayúscula, ni tampoco el genio privilegiadamente dotado por la providencia. Es como tú, como yo, un mortal cualquiera. Anda, come, duerme, sueña, lucha, se deja engañar, disfruta, sufre. Lo único que lo distingue de la multitud es su exhibicionismo: sacarse al público todo lo que ve, oye y sobre todo lo que siente. De modo que estamos frente a un realismo egocéntrico, minimalista e intimista. Veamos cómo en *Diario Cómplice*, Luis García Montero hace que su protagonista revele tantas menudencias de su intimidad: *el temblor del muslo, el diminuto encaje rozado por la yema de los dedos, un armario, la luz en seda negra y medias de cristal*.

Además es un realismo encajado en el prosaísmo de la vida moderna:

*No tengo casa propia
ni coche. Vivo solo
y mi cuenta corriente
Está en números rojos*

(Mediodía 1985-1994, Jon Juaristi)

Es curioso que la civilización moderna, con todos sus facilidades materiales, haya deparado al hombre más bien frustración vivencial y desolación moral.

*El tiempo pasa, la gente se hace vieja, se muere,
por su propia mano o con ayuda.
Las palabras van bajando por el desagüe*

de lo que alguien ha llamado la intrahistoria

...

Mientras tanto tecleamos.

*Un sordo tamborileo contra siglos de muerte programada
Y un futuro de certera incertidumbre.*

...

*Luego morirá. Sin epitafios, como éste,
que se deshagan con una mueca indiferente
entre las llamas de la última noche de la Tierra,
cuando nadie entienda ya ningún significado,
si es que algo tuvo sentido alguna vez.*

(*Arde Babilonia*, 1994, Roger Wolfe)

El tono apocalíptico cobra mayor intensidad todavía en Carlos Marzal:

*En el ojo del miedo aún hay más miedo.
Ni los tuyos ni tú estáis a salvo ahora
de todo lo que fuera está aguardando.
Aún puede hacer más frío. Aún hay más noche
dentro de la noche, y el desierto
se renueva detrás de aquel desierto.*

(Carlos Marzal)

Aun sin llegar a tal extremo del pesimismo, al poeta sólo le queda por emitir lamentos del fluir de tiempo monótono, pero implacable e irreversible, que como es de esperar, emanan igualmente de los nimios detalles:

*Que la lluvia de entonces,
Llora ahora en sus tumbas...
Es la lluvia de siempre. La actual.*

(Andrés Trapiello)

Pero siempre con el persistente escepticismo sobre el porvenir:

*Pasarán estos años como pasa
a través de los bancos de niebla,
irreal y solemne, el buque negro
cuyo perfil borroso va alejándose
con rumbo a unas bahías fantasmales.*

(Lo fugaz, Felipe Benítez Reyes)

Ese abatimiento proviene a veces de un antaño idealista, pero ahora desengañado frente a la miseria de la realidad:

*Mi juventud distraje
con juegos peligrosos.*

*sigo siendo de izquierdas,
aunque se note poco.*

*No recuerdo las veces
que resbalé hasta el fondo
por el derrumbadero
de los buenos propósitos*

*ni quiero dar noticia
de lances más gloriosos:
volver atrás la vista
me pone melancólico.*

*Vaya sólo un consejo
para los paranoicos
la amnesia, si oportuna,
aleja el mal de ojo.*

(*Mediodía*, 1985-1994, Jon Juaristi)

Se nota que el defraudado se debate por retener la dignidad y gallardía mediante la ironía y auto-satirización.

En medio de tanta desolación, algunos no tan misántropos prefieren refugiarse, aureolados siempre con una tenue melancolía, en las menudas lindezas del entorno:

	<i>los árboles</i>
	<i>mojados:</i>
<i>gotas</i>	
<i>de luz</i>	
	<i>sobre las</i>
<i>hojas</i>	
<i>brilla</i>	
	<i>otra luz:</i>
	<i>el jardín de</i>
	<i>la luna</i>
	<i>gris sobre</i>
	<i>las nubes de</i>
	<i>noviembre:</i>
	<i>gris bajo</i>
<i>blanco</i>	
	<i>hilos de</i>
<i>luz</i>	
	<i>gris sobre</i>
	<i>las hojas</i>

negro de
 noche
 bajo
 las nubes
 luz de
 estrellas:
 el brillo de
 gotas
 alcánzame
 alcánzame
 luz
 negra

(*La ventana: estrellas*, Andrés Sánchez Robayna)

Otros, cargados de “la carne de este reino por siempre insatisfecha” (*Punto de fuga*, Diego Doncel) optan por indagar el verdadero significado existencial en “otra realidad” eclipsada por los meros símbolos que vemos en ésta.

Claro, no faltan quienes emprenden el cometido de pesquisar en los recuerdos ancestrales con el propósito de rescatar las virtudes heroicas como lealtad, el orden, el rito, el deber moral, la decisión, el esfuerzo, la valentía, la constancia, trocadas hoy día casi por completo en sus antípodas. Ha sido así como Julio Martínez Mesanza ha concebido su ambicioso proyecto poético con el título de *Europa*.

En medio de esa diversidad de tonalidades, llama especialmente la atención la eclosión de las voces femeninas, fenómeno que por su peculiaridad novedosa y su significación socio-cultural merece un estudio aparte. El tema desborda el estrecho límite del presente trabajo.

El fugaz recorrido por el mundo poético español en los últimos veinte años del siglo pasado, hace vibrar en nuestro oído la música polifónica más rica y más resonante que se haya dado en los días pretéritos del país. En la polifonía, sin embargo, se da la sensación de que el barítono y el bajo salen notoriamente atenuados, lo que le resta al canto bastante sublimación solemne.

¿Es que de veras la sociedad moderna no da cabida alguna a la majestuosidad de *Mío Cid*, a la grandiosidad de Jorge Manrique ni a la caballeridad de Garcilaso de la Vega?